
La tradición clásica en la poesía de Juan Gil-Albert
escrita en el exilio.
Nostalgias del Mediterráneo

Maria Isabel Tudón Martínez
al111793@alumail.uji.es



“Padre de dioses, hijo de clementes
fuerzas y gracias, mar de los cimientos,
ligeros pies de arcilla que sostienen
la flor impetuosa de los mundos:
uno de tus entrañas te saluda,
con el eco de voz que le cediste.”

(“El Mediterráneo” de *El existir medita su corriente*)



I. Resumen

La obra poética de Juan Gil-Albert es claramente un homenaje al Mediterráneo, y su fervor le hace sentirse transfigurado en otras figuras del pasado, al tiempo que ve su tierra nativa como correlato del espacio clásico griego. Como él mismo dijo «A lo largo del vivir, mi tierra alicantina y el solar griego se me han identificado herméticamente, como si de ambos cuerpos gemelos se exhalara la respiración de una misma alma». Será esa íntima unión con sus raíces mediterráneas la que se llevará en su periplo exílico tras la dura experiencia de la guerra civil y su éxodo: primero en Francia y luego en tierras americanas, México o Argentina. Los dos libros allí escritos nos revelan un Gil-Albert henchido de nostalgia por volver a su tierra, al tiempo que dichos recuerdos, plasmados en su poesía, le hacen mantener viva su ilusión y esperanza en la vuelta a casa, mientras medita su existencia.

La tradición clásica, que impregna toda la obra Gilalbertiana, es aquí nuevamente revivida, en toda su anchura, en sus libros *Las ilusiones* con los poemas de *El convaleciente* (1944) y *El existir medita su corriente* (1949).

Palabras clave: Juan Gil-Albert, poesía, exilio, tradición clásica, cultura mediterránea.

II. Introducción

En sus anteriores libros de poesía Juan Gil-Albert había mostrado su predilección por la expresión culturalista de profundas raíces clásicas, para vehicular todo su mundo íntimo, su razonar y su expresión amatoria, el homoerotismo.

La inesperada y dura experiencia de la guerra civil española desarrolló en el poeta, aún más, su voz comprometida con la libertad y con el pueblo. Fue este un periodo en el que llevó a cabo una importantísima labor como defensor de la República, como animador y coordinador de actividades en defensa de la cultura, en su casa de Valencia, así como el de ser un verdadero “juglar de guerra”, creador de una poética de guerra, que cantará las valerosas acciones de muchos héroes en la lucha armada, o denunciará los desastres e injusticias, de las que, ya antes de la guerra, había sido altavoz de los sin voz; palabras, en definitiva, destinadas para avivar en el pueblo su adhesión a la causa republicana.

El poeta Juan Gil-Albert, tras esa necesaria huida hacia el exilio, como la de tantos españoles que cruzaron la frontera hacia Francia en el frío invierno de 1939, se sumergió en una profunda necesidad de aferrarse a su propio mundo poético, mundo poético anclado en la cultura mediterránea, como el único y posible vínculo que le devolvía a sus raíces, ya que, como exiliado, estaba fuera del suelo patrio, de la historia. Es una

etapa en la que su biografía, inseparablemente mezclada con su arte, toma el rumbo que marcará para siempre su existencia, la de vivir en un duro equilibrio: solo para el arte y para ser escritor, nada más y nada menos, pero a costa de pagar un alto precio, como el vivir casi aislado, cercenando así su voz pública, aunque no por ello dejó de escribir, desde la intimidad de su casa-mundo, todas aquellos temas que le preocuparon, y que más tarde serían conocidos, convirtiéndose en un observador privilegiado de su época.

En nuestro estudio queremos poner de manifiesto como esa tradición clásica que sustenta su obra, en general, se hace aquí vitalmente necesaria, y, por ello, es ese ámbito originario del poeta, simbolizado en la extrovertida cultura mediterránea, lo que sus poemas nos transmiten: los ojos del poeta no ven apenas el paisaje de la tierra que lo acoge, o si lo ven es para servir de nexo con el mundo que lleva siempre dentro.

III. Objetivos

A fin de conocer cómo expresa el poeta la nostalgia por sus raíces, a través de ese culturalismo clásico, que siguió trabajando en el exilio, hemos planteado tres objetivos básicos que recogen la intención de analizar el perfil de Juan Gil-Albert como un poeta que se adscribe a la cultura mediterránea, como su cantor y continuador, y a partir de sus reflexiones sobre su propia poética y su trayectoria vital:

1. Describir el concepto de cultura mediterránea que entiende y utiliza Gil-Albert en su obra, y con la que se identifica.
2. Reflexionar, desde la biografía del escritor, sobre aquellos hechos que influyeron decisivamente en la configuración de su arte, que se ha vertebrado en el ámbito cultural mediterráneo, y que lo pueblan de referencias clásicas al tiempo que conforman una manera de ser.
3. Analizar los elementos que tomados de esa tradición clásica son utilizados por el poeta en sus obras escritas en el exilio, a la luz de sus vivencias personales, que aparecen de forma mitificada.

IV. Material y método

El enfoque que hemos querido dar a nuestro trabajo se ha basado no solo en un análisis de aquellos elementos culturalistas que aparecían en la obra poética escrita por Gil-Albert en el exilio, sino estudiarlos como una vía de expresión de los acontecimientos por los que estaba pasando el poeta, y darles una explicación que va más allá de la estética, más bien espiritual, o anímica.

Las técnicas de estudio han sido una búsqueda primaria de aquellos elementos culturalistas, que a lo largo de su obra se repiten, y analizar la evolución que dichos elementos han manifestado, y comparar en cada libro qué significados han ido adquiriendo. Después trazar, de dichos elementos, el nexos común y el que se aprecia en los libros analizados, y en la muestra elegida, por ser esta relevante para el poeta.

V. Resultados

A la hora de sistematizar los resultados de nuestro análisis, estos han sido agrupados en estos tres ejes a modo de afirmaciones que explican, desde el enfoque de hallar las bases clásicas y mediterráneas, la poética de Juan Gil-Albert en sus años de exilio:

5.1. Juan Gil-Albert, un poeta mediterráneo

5.2. La creación de un universo culturalista, como respuesta a su identidad cultural y necesidad expresiva.

5.3. La tradición clásica en los libros del exilio, un punto de continuidad en su creación literaria.

- Las canciones provenzales (1940)
- Las ilusiones con los poemas del convaleciente (1944)
- El existir medita su corriente (1949)

5.1 Juan Gil-Albert, un poeta mediterráneo

Hemos de situar la figura y la obra de Juan Gil-Albert, cada vez más reconocida, dentro de una tradición culturalista que ya era utilizada desde antiguo en la literatura española, pero que alcanza, de forma extraordinaria en nuestro poeta, unas cotas de perfección estilística, de adhesión de nuevos sentidos, expresión de conceptos y estados...nos referimos a la tradición clásica grecolatina, dentro del marco creador de la cultura mediterránea, como eje vertebrador, como forma de vida y de entender el mundo, ampliando el espacio del que se siente oriundo.

Esa grandeza de espíritu que colmó los días del poeta queda unida a otros poetas que lo precedieron desde Píndaro, Teócrito, hasta Gabriel Miró, del que le impresionó su dimensión estética o Joan Maragall. Todos ellos sintieron la fuerza que bajo sus pies ejercía ese paisaje y ese mar mediterráneo, un hilo que le ataba a ellos y que seguirá su eco como un deber casi divino, que trasciende el espacio y el tiempo, haciendo unidad cultural con todos ellos.

Como sus predecesores, Gil-Albert no solo canta al paisaje, a la tierra, al mismo mar, sino que los vivifica y los vive, como si fueran parte de él. En estos libros, los del exilio, cima maduración personal y poética, nos presenta Juan Gil-Albert unas vivencias en estrecha relación con su exilio y una reflexión acerca de las mismas, en sintonía y anclando sus palabras sobre ese mundo poético que ya había creado antes de la guerra, plagado de un culturalismo de corte clásico, de mitologías, que continuamente

reinventa y dota de nuevos sentidos, porque, en esencia, los mitos son materia plástica que expresan o simbolizan sentimientos, formas de pensar, vivencias atemporales del ser humano.

El canto a la tierra, su experiencia de la naturaleza, la de una parte del Mediterráneo, cuerpos que convierte en emociones, serán para el poeta “cúmulo de sensaciones que generan las bases de una poética compleja”¹, una forma de inmersión en la cultura universal, la griega. Esta identificación plena entre hombre y naturaleza será la base de su estética, pero también de su identidad cultural y de su ética.

Como decía T.S. Eliot «Ningún poeta, ningún artista de ningún arte, tiene significado completo por sí solo. Su significado, su apreciación es la apreciación de su relación con los poetas y artistas muertos». De la misma manera, Carlos Bousoño afirma que «el poeta se inspira de modo explícito o connotativo en el arte». Por tanto, el culturalismo mediterráneo de Juan Gil-Albert se asienta en un deseo de continuidad en la herencia cultural recibida, que lo vive y lo siente como algo connatural a su creación. Su obra, podríamos afirmar, se articula en un culturalismo que abarca no solo el ámbito literario, sino también al de la filosofía, la pintura o el cine; ya sea tomando elementos de fuentes bíblicas o paganas, árabes o del mundo clásico.

La identidad cultural mediterránea de Gil-Albert se expresa mediante un culturalismo centrado en la cultura grecolatina, a la que pertenece por derecho propio, y que se concreta en un paisaje que conoce bien: su tierra natal, como correlato de esa otra, la de la Hélade griega, y a partir de esta correlación nace en él la idea de patria, que va más allá de la idea de España, para crear un concepto más universalizador, el de la patria costera, formada por todos los países que se asoman al mar Mediterráneo. Así, él mismo dirá, «A lo largo del vivir, mi tierra alicantina y el solar griego se me han identificado herméticamente, como si de ambos cuerpos gemelos se exhalara la respiración de una misma alma» (OPC II, 205).

Este culturalismo, que aparece ligado con la presencia del Mediterráneo, cumple una doble función, como bien señala M^a Paz Moreno: es símbolo de identidad cultural, «además de ser vehículo de su propio existir existencial; [...] “en su obra refleja una clara conciencia geográfico-mítica originada en la cultura mediterránea.» Por eso, el autor alicantino ve en su geografía nativa el correlato del ámbito clásico grecolatino.

También Francisco Brines destacó en un estudio la importancia de la tierra natal en la poesía de Gil-Albert, como foco generador de su identidad cultural, que necesita el reconocimiento de sí mismo en otras culturas con las cuales siente una mayor afinidad, reconocerse en ese pasado histórico que le pertenece por herencia cultural, por geografía. Él se califica a sí mismo, dentro de ese espacio geográfico, como “costero”. En este descubrimiento de su identidad cultural tuvo mucha importancia la lectura de Maragall.

¹ J.C. Rovira, (1991,27).

En la cosmovisión de Gil-Albert, hay, como señala Brines “una necesidad de armonía colmada y serena vitalidad, y supone una gozosa afirmación de la vida”, a pesar de la marginalidad y clandestinidad que le ha tocado vivir. Por eso, en esa búsqueda de reconocimiento personal, elige para su obra la presencia del mundo mítico grecolatino, como búsqueda de un mundo más armonioso e ideal, donde se sienta más a gusto, y desde donde pueda explicarse a sí mismo. El propio Gil-Albert se consideraba a sí mismo “mediterráneo”, en contraposición al concepto limitador de “español”, y solo a través de la identificación con un contexto más amplio que el de la Península Ibérica, pudo reconciliarse con sus orígenes. Esto le llevó a un proceso de construcción de identidad que aflora en su obra poética, y como él dice en el prólogo a *Son nombres ignorados* «...a mí, costero y de país vegetal, las características españolas de tierra adentro, lo ibero y castellano que definen nuestra historia, me estaban vedadas, y solo en cuanto latino o moro podía sentirme crecer en un suelo nacional»

Por tanto, la elección de este culturalismo de raíz mediterránea no se debe solamente a un recurso poético, sino que las referencias al mundo helénico o latino nos descubren a un hombre que da fe de sus raíces, por encima de fronteras nacionales. Por eso, lo veremos evocar dos paisajes lejanos pero pertenecientes a una misma patria, o mitificar la realidad, en búsqueda de armonía y belleza, como principios generadores de su poética. Más allá de lo estético, ha encontrado el modo más perfecto para expresar aspectos de su vida íntima, su homoerotismo, su inconformismo ante la belicosidad que le circunda, su apuesta por la belleza, a pesar de todo, su ética de hombre comprometido con los olvidados, desde su interior, y a la vez como refugio intelectual, para desprenderse de un presente que no comprende, y cantar al idealizado paisaje pastoril, *la Arcadia* reflejado ahora en su tierra alicantina.

5.2 La creación de un universo culturalista como respuesta a su expresión vital

Los primeros años de Juan Gil-Albert, los de la infancia y la formación, fueron un acicate hacia un gusto refinado y clásico en lo intelectual, y una postura, que en él iba *in crescendo*, de cierta rebeldía moral y sentimental hacia todo lo establecido. Además de que, esas vivencias de la infancia, le llevarán a una de las claves biográficas del autor que nos hacen entender su visión del escritor, y que le acompañarán siempre, es decir el ocio creador. De ahí surgen poemas como “Himno al ocio”, “El lujo” o “Canto a la felicidad”...

El poeta nació en Alcoy, el uno de abril de 1904, en el seno de una familia burguesa mediana dedicada al comercio, la familia Gil Simón. Su verdadero nombre era Juan Mata Gil Simón, pero posteriormente, el escritor cambiaría su apellido Simón por Albert, al igual que hiciera Valle Inclán, al que admiraba, adoptando el segundo apellido paterno. Vivió su infancia de una manera acomodada. En 1912, cuando solo contaba ocho

años, la familia Gil Simón se traslada a Valencia, donde el padre abrió un almacén de ferretería, aunque los veranos volvían a Alcoy, a su finca de El Salt. Su llegada a Valencia y su educación posterior acabaron de formarle en el estatus ambiental de la burguesía provinciana, de moral religiosa, de apoyo político a la dictadura de Primo de Rivera y actitudes de un clasicismo innato. Él recuerda, además, las veladas en las que está presente la prensa que leía su padre, suscrito a *Las provincias* y *la Correspondencia*, y la música del piano de su madre. Fue un gran lector de los clásicos. Tres años más tarde, la familia se cambia de domicilio a una casa recién acabada, con lo que Juan deja de ser interno. Ese mismo año realiza y aprueba su examen de ingreso para hacer bachillerato. En 1920 se matricula en la universidad, en las carreras de Derecho y Filosofía y letras. Estudios que abandonó dos años más tarde para dedicarse a escribir. Justamente, en ese último año participó en un curso de verano para perfeccionar su francés, en donde tuvo su primer contacto con Montaigne. Aquel año hizo amistades importantes como la de César González Ruano.

La personalidad del escritor se fue trasformando: desde un ambiente conformista, sus observaciones de la realidad, sus raciocinios personales, iban demoliendo en él los cimientos de una fe burguesa, acostumbrándose a contradecirse en su ambiente familiar, y por extensión al ambiente social al que pertenece, y que acaba por parecerle en sus crisis juveniles, un mezquino y de intereses materialistas empobrecedores; de hecho, y ajustándose a lo establecido, tuvo una única, novia, pero dado su orientación homosexual dejó la relación, amigablemente. Siguiendo a P. J. de la Peña (1996: 20) “Su rebelión intelectual, su discrepancia sexual, su vocación creadora y hasta su juvenil personalidad, un tanto inclinada al desafío de los convencionalismos bajo la fórmula “épater le bourgeois”, fueron cuajando en una personalidad contradictoria con su elemento de origen y propicia a desclasarse, al menos intelectualmente, sus anclas ideológicas para asentarlas en otro puerto de más firmes y justicieras pretensiones para los tiempos en curso”

En 1927, se ganó el reconocimiento de la crítica, con la publicación de su libro en prosa *La fascinación de lo irreal*, en el que aparecen influencias de Óscar Wilde y Gabriel Miró, al que consideraba uno de sus maestros. También publicó artículos en diferentes periódicos regionales o locales. Lee a Gide y Nietzsche, Unamuno, Ortega, y Valle Inclán, (por cuya influencia escribe en 1928, *Vibración de estío*) También, y emulando a Miró, recorre Castilla, donde descubre a Machado. Y, a principios de los años 30, sus viajes a Madrid le darán la oportunidad de contactar con los poetas de la generación del 27 y reforzarán esos cambios en sus primeros libros en prosa, que, aunque influidos por el Modernismo, mirarán la crónica social cotidiana, además de la literatura, como un caudal para su actividad creadora. Y así aparecen libros atrevidos y vanguardistas como *Cómo pudieron ser. Galerías del museo del Prado*, (1929) y sobre las conversaciones con Gabriel Miró: *El escritor y el hombre* (1931).

En los años siguientes, y con un pensamiento intelectual ya formado, se hace defensor de la República, en medio de las luchas de mediados de los 30, como lo fue la revolución de Asturias en 1934, algo parecido le ocurrió a Miguel Hernández, que le llevó a situarse en un lado concreto del combate, el de la izquierda, en una dividida sociedad española. Los sentimientos que van forjándose en el escritor son durante esos años de solidaridad humana, que afecta a la moral del poeta, más que a sus convicciones ideológicas. Así va dejándonos declaraciones cívicas en sus obras, como la defensa de los obreros que hace en su libro de poemas *Son nombres ignorados*. "Estuve con ellos cuando la proclamación de la República y cuando la Revolución de Asturias. Nada puede igualar el sedante de estar en esos momentos con los que tienen razón" Pero las esperanzas que había puesto en la República, en Rusia, se frustrarían con el Alzamiento Nacional en 1936, en un momento en que se debate entre la poesía pura o impura o sea entre el concepto simbólico de la palabra o la voluntad de compromiso con la realidad. Dichas posiciones se declaran en revistas como *Caballo Verde para la Poesía*, o *Nueva Poesía*, y *Nueva Cultura*.

En 1934 llegan las Misiones Pedagógicas a Valencia, momento que aprovecha para trabar amistad con Sánchez Barbudo, Lorca y la compañía La Barraca y Ramón Gaya. Dos años después, ya en el Madrid bullicioso, Gil-Albert traba amistad con Bergamín, Cernuda, Altolaguirre, Neruda, Zambrano, Rosa Chacel, entre otros. Junto a Arturo Serrano Plaja y Emilio Prados, es nombrado secretario del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, inaugurado en 1937 en Valencia. En 1938, su casa se convierte en el escenario para la creación de una de las revistas míticas de la guerra civil, *Hora de España*, él será uno de sus fundadores, y de la que será secretario desde su número XIII (enero de 1938). Elabora con Manuel Altolaguirre y Ramón Gaya la hoja *Granada de las letras y las armas* en homenaje a García Lorca.

Hacia febrero de 1939, atraviesa la frontera, junto al XI cuerpo del ejército, al que se había incorporado unos meses antes, siendo conducido al campo de concentración de Saint Ciprien, en el que permanece tan solo quince días, el tiempo que la Alianza de Intelectuales Antifascistas tarda en reclamarle junto al grupo de *Hora de España*. De allí se traslada a Perpignan y luego a Poitiers, a casa de Jean Richard Bloch, embarcando finalmente en mayo para México, en el Sinaia. En este país, será secretario de la prestigiosa revista Taller, que dirigía Octavio Paz, publicando además algún trabajo de crítica. Escribe también en otras revistas como *Romance*, donde se ocupaba de la crítica de cine. Vive modestamente de los ingresos que le dan las escasas colaboraciones en la prensa. En 1942 empieza una gira por diversos países sudamericanos junto a Máximo José Kahn: en Brasil conoce a Rosa Chacel, su marido el pintor Timoteo Pérez Rubio, Gabriela Mistral,.. y en 1944 llega a Buenos Aires, donde escribe *Las Ilusiones*, en 1944. De nuevo, y por cuestiones sentimentales, regresa a México. Estos sentimientos los reflejará en



Tobeyo o del amor. Homenaje a México. Ya en 1947, regresa a España, por la nostalgia que siente de Valencia.

Los años del exilio

Como señala J. Carlos Rovira, (1991, 45) «El exilio americano es, como para tantos españoles `del éxodo y del llanto´, una incertidumbre acogedora». «México es un país sorprendente donde ha ido a parar un conjunto nutrido de intelectuales» Para Gil-Albert, todo es nuevo «Estábamos en la mitad de nuestra existencia, todo nuevo, problemático, incitante, traspuesto, distinto: ´el otro mundo´». México, siguiendo a Rovira, se convirtió para el escritor en un país de revelaciones, todo resulta novedoso: el paisaje, el cielo, las gentes, en un lugar que le devolvería el sentido de la vida, pues dada su sensibilidad, el escritor, en palabras de Sánchez Barbudo, también exiliado, «parecía más desterrado y desasistido que todos los demás. Y era sin duda el que menos dinero ganaba. No hacía nada salvo ser paseante en cortes, que fue siempre su vocación, y escribir poemas» (1991, 46), aunque lo cierto es que participó en las revistas literarias de la ciudad de México, como *Taller*, y en otras, como *Sur*, de Buenos Aires, y viajó por Sudamérica, durante unos meses. Fruto de ese ocio creador, publicó *las ilusiones* en 1945, como un libro clave de la evolución poética de Gil-Albert, y en la recuperación de sus esperanzas, también en el amor, como esencia de la vida. Para P.J. de la Peña:

El mecanismo poético es aquí el de la nostalgia, nostalgia de la tierra y de la infancia, paraísos a recuperar, nuevo paraíso que es el del espectáculo de la vida en su estado naciente [...] el ocio será la nueva clave de la nueva plenitud asumida; la ascensión del cuerpo al margen de la contraposición latente entre el espíritu y los sentidos.

En continuidad con *las ilusiones*, surge un libro, comenzado en su travesía de regreso a México, que para el poeta supone un claro homenaje al Mediterráneo: «Es significativo, expresa Gil-Albert², que, en esta última producción mía, de América, el libro venga a resultar, a todas luces un homenaje al Mediterráneo, expresión geográfica y patente de mi vida cultural» (Rovira 1991, 47).

5.3 La tradición clásica en la poesía del exilio

LOS CANCIONES PROVENZALES (1940)

Rescatadas del archivo personal de Juan Gil-Albert, *las Canciones provenzales* (inicialmente llamadas *Himnos*) son composiciones que realizó el poeta en 1940 y permanecían inéditas hasta hace poco (se

² Gil-Albert en esos años del exilio se reencontró con un tipo de literatura, en sus viajes por Sudamérica, con un marco muy diferente al de los otros libros de “su voz comprometida” (*Candente horror*, *Son nombres ignorados* o *Romances de guerra*), desplazando la escritura hacia la construcción de la intimidad, desde aquel primer libro de poemas amorosos, *Misteriosa presencia*, del amor, como lo expresa en sus escritos, como *Tobeyo o el amor*.

pensaba que había en su producción un lapsus de silencio hasta 1944); muestran la misma temática de los poemarios siguientes, donde aparecen los motivos del paisaje mediterráneo de viñas, olivos, sus fuentes, o la cigarra. Se consideran como una preparación de *Las ilusiones*. Para la crítica posterior, como M^a Paz Moreno, que las editó en 2004, en *Poesías Completa...* «son unos poemas clave para recomponer más claramente su trayectoria poética y llegar así a una comprensión de su obra» [...] «constituyen un importante eslabón en el proceso de su maduración poética».(2004, 48). El breve estudio introductorio del poeta supone un homenaje hacia el espacio Mediterráneo, en un tono de fascinación, desde la Provenza hasta Asia Menor. Así afirmará:

Todas las razas, los pueblos, las culturas y civilizaciones acaban, tras muchos esfuerzos, rodeos y luchas y ansiedades, descubriendo el Mediterráneo, y eso es lo que nos confiere a los nacidos auténticos de este mar, las de prerrogativas y privilegios de los hijos de rey. (2004, 827).

En sus composiciones hallamos el encuentro trascendente y “telúrico”, del poeta con la Naturaleza, que ahora, en la lejanía, recuerda: “A la cigarra”, “Al vino”, “A la rosa”, “Al Amor”...Por el poder evocador y nostálgico, para el poeta, traemos unos versos de “A la cigarra”:

Aún estarás, cigarra,
oculta entre la rama del olivo,
tendida como reina
sobre un lecho de polvo,
más suave que el amor allí cantando.

Son poemas que poseen cierto bucolismo, al dulcificar su recuerdo con un paisaje arcádico, en la descripción de estos elementos simbólicos de su cultura.

LAS ILUSIONES, CON LOS POEMAS DE EL CONVALECIENTE (1944)

La derrota republicana llevó al poeta a las penalidades del campo de Saint Ciprien, y después de asistir al “despertar de las lilas”, en la Merigotte, el poeta llega a México.

Las ilusiones es uno de los dos libros que Gil-Albert escribe en el exilio (de 1939 a 1947) en el continente americano. La primera edición de esta obra se publicó en Buenos Aires, el diez de noviembre de 1944, junto con “*El convaleciente*.” Posee una gran extensión, con sesenta y ocho composiciones. Supone la primera obra madura de su poesía, y de central relevancia por tanto. En este libro encontramos una poesía alejada ya de los presupuestos anteriores, que aborda los temas con mayor serenidad, es un lirismo contenido, lejos de las actitudes combativas. Se ha superado la dicotomía compromiso o esteticismo. Su cosmovisión poética empieza a tomar una forma definitiva.³

³ G. Carnero hace notar que Gil-Albert afrontó el exilio de forma diferente a otros intelectuales, y eso lo reflejó en su literatura, ya que no alargó su espíritu ideológico ni de lucha, y es una “poética del desasimiento”. Esto es, captar el mensaje de la Naturaleza y el amor, que le rodea y le lleva a sus orígenes.

A pesar de haberse escrito en México, como el propio Gil-Albert afirma, y lejos de su Valencia, en palabras de su autor «su trasfondo y su voz eran de aquí, mi enclave originario de lo llamado unas veces levantino otras mediterráneo»; aunque se presente en el destierro y la precariedad, le sirven las palabras para recuperar su mundo. Es un libro marcado por las influencias clásicas, que lo unen a la antigüedad griega, en el que hace de la Naturaleza el motivo principal de su canto.

Gil-Albert es un poeta que ama la Naturaleza, en la que se inspiran sus fervores paganos: Sorprendentemente no nos aparecerán los paisajes y animales novedosos de esas nuevas tierras, que seguro le entusiasmarían, sino que rememora los elementos conocidos de su tierra natal: higueras, naranjos, olivos, vid...etc. árboles emblemáticos de la poesía. Y lo mismo hará con las flores, las violetas, rosas, lilas o los jacintos. Esta naturaleza es presentada como un recuerdo explícito de esa realidad que ha perdido, de momento, y a la que quiere unirse estética y espiritualmente.

Gil-Albert comienza *Las ilusiones* como un nuevo despertar en la poesía, y a la vez, rememora el eterno despertar de la naturaleza, que se nos ofrece sensual, llena de gracia y de belleza, al margen de la brutalidad humana, simbolizada en el poema "*Las lilas*": el perfume y la floración en aquel momento de miseria y amargura de exilio, realmente duro en el campo de Saint Ciprien:

Una primavera en Francia
yo vivía como un acosado del destino,
alejado de los demás hombres,
en la campiña francesa
bajo dulces cielos,
en los días en que de la vaguedad invernal
comenzaban a surgir y dibujarse
las graciosas formas de la naturaleza.

Este canto a la naturaleza, en el poema las lilas, se enmarca en la tradición clásica del mito de Deméter la madre tierra y de Perséfone, su hija, con su eterno retornar; y las flores, las lilas, simbolizan ese momento, el ciclo que se repite en la Naturaleza: "*y el nuevo día advertíase el verdor primaveral / Hasta que triunfantes llegaron las lilas*" él como español las recordaba como "*flores de selección ...pálidas de intimidación y lujo*", pues como él decía, eran difíciles de encontrar en Valencia Y queda el poeta admirado "*mis ojos no se cansaban de mirarlas / allí extendidas y trepadoras, / con sus vaporosas túnicas malvas...esas efímeras flores con "su inagotable florecer"* son algo más que una contemplación ante el hecho natural, son el renacer de su esperanza como hombre olvidado, aislado, y sabe ahora que la palabra lo puede liberar de ese mundo angustioso: "*cada racimo de su despertar / era para mí un retoño de seguridades*" eran las lilas "*un alma múltiple, / encadenada al mismo misterio que él*". Él, que había dedicado "*los latidos de su corazón a la hermosura de una sombra, / sombra que se interpone entre mi deseo / y la verdad que busco*".

El clasicismo mediterráneo aflora en otros poemas como *“la higuera”*, (*apunte para una oda anacreóntica*), en la que armoniza su lamentación con la belleza de la planta, y siempre, aludiendo a sus recuerdos:

No sé si era nostalgia.
El amor y el recuerdo
estaban confundidos en mi ser
.....
¡Crepitante laxitud
que enalteces mi desfallecimiento,
mi mísera condición terrenal!
.....
Cabellos tan frescos como los pámpanos,
entre cuyo follaje tentador
crece el higo, más triste que la soledad;
dulce y caliente es la clara miel
de su boca
y entre sus labios maduros
busca el poeta el sabor de lo irremediable

Después el poeta hace alusión a las abejas, que guardan relación con la poesía, recordando a Píndaro y a la diosa Deméter, a la que da culto: *¡Ah las alas de oro./ los listados cuerpecillos de las abejas/ cuyos besos de fuego se cumplen, / y en cuyo amor se apaga / el centelleo de la divinidad”... mis versos os siguen con admiración/ y aspiran a eternizar este recuerdo...”* y compara sus alas con sus palabras *“...mis alas son las palabras...”* Aquí el poeta quizá está teniendo la visión del triunfo de su poesía.

Vemos, por tanto, a lo largo de su obra, sucesivas alusiones al mito de Deméter, en relación a la Naturaleza, como así lo expresa en el poema *“A la naturaleza”*:

¡Oh, madre antigua,
cuyo mortal regazo aún se engalana
con las festivas fuentes, y a tu cuello
veo trepar los pámpanos sombríos
de las horas!

En este himno que hace a la naturaleza y a sus elementos, va mostrando el poeta aquello que contempla :*“Himno a las nubes”, “Las granadas”, “los viñedos”, “ las aguas”, “La rosa”, “Las estrellas”, “La tormenta”, “La bonanza” “El mar”, “La jornada campestre”, “Las violetas”...* o personajes del contexto como *“Los pastores”, “Los viajeros”,* entre los cuales va dejando el poso de mitos o reflexiones filosóficas sobre lo acontecido, además de los poemas donde se muestra claramente un objeto poético definido como en *“A mis manos”, “A mi hermana muerta”, “Los idólatras”, “Al tedio”, “Las dispensadoras del sueño”, “A un abanico perdido”, “La isla”, “A la Poesía”...*

Así en *“Himno al ocio”*, poema que abre el libro, Gil-Albert evoca el fluir del tiempo y las estaciones y justifica ese ocio, obligado, pero



necesario para el poeta en el goce de esa “divina intrascendencia”, *es un canto al hedonismo*⁴:

A veces, cuando escucho de la sangre
este claro rumor, cuando a mis labios
fluye el ocio su oscura cabellera
como por una brisa sacudida
por los mismos latidos de mi pecho,
y en esa tan divina tan divina intrascendencia...

El mismo hedonismo de este poema nos remite al tema del “Carpe diem” en versos como: *“Levantad las cabezas como flores/ mientras lícito goce nos depara / el fatigado dueño de las cosas”*

En el caso del poema “*Los idólatras*”, el poeta alude a la búsqueda del propio destino:

Cada cual va buscando con anhelo
un confín que recuerda desde niño,
una inquietada llama. ¡Y para cuántos,
su dulce y loca libertad transida

Y habla de los que viven contemplando una engañosa ilusión, y los compara a aquellos idólatras de la antigüedad que contemplaban las estatuas del Amor:

Hay unos hombres tristes de extravío
que adoran las estatuas, cual entonces,
cuando entre el mirto agreste aparecía
un blanco mármol de dormida testa
soñando indiferente su hermosura
.....las estatuas
son del Amor. Prisiones encendidas

En la contemplación de la belleza natural, evocadora de otros paisajes, no ha relegado el poeta el sentido de la crónica del dolor, pero sí ha preferido superponer la hermosura de la naturaleza a la presencia de un recuerdo trágico, y se convierte más en un testimonio íntimo.

Aún hoy, cuando el horror que nos consume
ha cubierto la vida con su manto....
Sí recuerdo estos prados y estos bosques
las mansas arboledas y los ríos
murmurando su ardor inagotable...
Recuerdo aquí este olor, este crujido
de las hojas y pulpas insistiendo.....
Os recuerdo, apariencias de otros tiempos,
halagadoras formas de la vida
estacionadas hoy cual si cumplierais
un forzoso destino ante mis ojos...

⁴ Gil-Albert hace de la corporeidad y del goce inmediato una forma de afirmación del sujeto que aspira a la plenitud corporal o efebista., en una materialización de las sensaciones, en una naturaleza que envuelve la figura del amado, y a través de la cual se conoce a sí mismo, y se eleva por encima de las circunstancias limitadoras. A ello se une una tonalidad hímica.

También en el poema “*A mis manos*” el poeta se acoge a la mitología clásica como consuelo ético y estético de la caducidad, en un panorama visionario: sus manos, casi personificadas a las que llama “esas ligeras aves”, le van a propiciar el conocimiento del mundo y de las cosas, son sus “formas inagotables de mi alma”, el repentino goce que les prende a esa mortal belleza” y teme su pérdida:

Manos que reposáis tras los abismos
de espantosas distancias: ¿Qué inquietudes
me transmitís, aún yertas en la sombra?

Un ejemplo más de la vuelta al mundo clásico nos aparece reflejado, en el poema “*A los pastores*”, donde el poeta vuelve a recordarnos el bucolismo de “*Misteriosa presencia*”, libro de 1936, en el que él mismo, con melancolía, se siente una especie de pastor de los Idilios, y se hermana con una tierra lejana, paraíso perdido:

Cuántas veces tendido en estos valles
donde la negligencia me conduce
con sus fascinador silbido agreste,
veo pasar entre las tibias nubes,
sobre la soledad de mi destierro,
de otro tiempo las sombras alargadas”..
..¡Cuánto os busqué, irreales compañeros!..
...Tras un tranquilo bosque hubo momentos
que la cercana voz de vuestro encanto
quise escuchar con alma melodiosa....
...¡Flotad mozos de ayer, entre las nubes,
con los cayados de oro que os transportan
a apacentar la eterna primavera!

Hay, a cada paso, un asombro por la belleza reflejada en la naturaleza, aun reconociendo su fugacidad y el goce apurado, hedonista, como así manifiesta en su poema “*Himno al sol*” al que personifica en un muchacho, al que se hace el amor, y donde el poeta concluye que es la síntesis de la sabiduría:

Teniéndote en los brazos se consuma
el misterioso pacto de la vida
que no da sino frutos invisibles

Y ya en el poema final “*A la poesía*”, Gil-Albert cierra su libro en lo que podríamos llamar una progresiva liberación de la poesía, independiente de cualquier uso, a la que ha personificado, como una diosa, ante la cual ofrece su propia crónica como poeta y las distintas fases por las que ha pasado, ya se siente poseedor de sus dones, se siente por entero poeta. “*Al fin, rendida entre mis suaves brazos, / me has concedido el don de tus deseos, ¡Oh virgen maternal, extraño sueño/ que conturba el poeta!...Adolescente te rondé...algún aplauso premiaba mis desvelos...*”. Hablando de forma perifrástica alude a sus encuentros con la poesía griega: con “*la fuerza hermosa / que alimentó los juegos de los hombres / por la boca sagrada del tebano*” Y además, es la confirmación de su

opción poética por el ideal de la belleza, de salvar en el poema “la luz de las palabras” y del goce que da la ilusión: “...y a través del poeta se contemplan / la faz de la ilusión, mientras expira / por mis labios el genio creativo”.

Por eso, en ese reconocimiento a la poesía griega, hace una dedicación a Anacreonte, al que también cantará más tarde, y que es el poeta griego considerado el cantor del amor por excelencia -y ya en su tiempo fue profusamente imitado-. Lo llama *¡Oh viejo enamorado, adolescente / de blanca cabellera...*. Junto a Píndaro, es uno de sus poetas admirados por Gil-Albert, porque sus cantos poseen una visión exenta de lo trágico y lo efímero resulta doblemente bello; el poeta no se muestra atormentado. En palabras de Brines “son los versos del poeta griego los que le arrancan del sopor del trópico, al oír en ellos el canto de la cigarra, (un elemento más de la naturaleza). En este poema Gil-Albert trasmuta, por medio de este referente culturalista, su tierra natal, que la evoca, como una ilusión más, “*El áspero cantar de tu cigarra / trae para mí más cálido el estío...*” como un dardo de fuego se me ofrecen los pálidos olivos de la patria entre dulces cendales polvorientos, / como claras neblinas que los ungen / de eternidad. Entonces el verano / vive de verdadera sed distante.”

El clasicismo mediterráneo, más depurado ahora, unido al naturalismo y a la determinación del poeta ante las vicisitudes del tiempo, la realidad, el pensamiento o su corporeidad, hacen de “*Las ilusiones*” un libro intimista y reflexivo, que sorprende como producto atípico del exilio, por su contención ideológica, pero que en definitiva resulta decisivo en su trayectoria poética, cuya construcción estética se logra a partir de una tensión constante entre el deseo y la realidad, pero de manera equilibrada.

El libro de *El convaleciente* comienza con un poema del mismo nombre, en el cual el poeta siente el renacer de nuevas ilusiones, pero con serenidad, y desengañado de todo, en tono epigramático:

Ungido con el aceite de la vida
me adelanto a ti, tentación terrenal.
en cuyos ciegos ojos verdes
resplandecen de nuevo las incesantes ilusiones...

Nada puede engañarme, amigo mío,
ni siquiera el resplandor de tus mejores días de abril
no soy alguien a quien se miente con fortuna
sino el desencanto mismo que sonrío voluntariamente...

Y habla en forma de crónica personal, en la que se ve a sí mismo como si fuera un elegido de los dioses, como en “*El nacimiento del poeta*”, y sigue su adhesión culturalista, hermanándose con aquellos poetas de la antigüedad griega, que también fueron tocados con la miel del don poético a la vez que sagrado, con un sentido *délfico* de la poesía-. “*Cual ósculo de fuego, así los padres / del poeta enlazados como amantes / reciben ese rayo vengativo / de la divinidad. En sus entrañas...*”

Así mismo, en la *“Oda a Píndaro”*, Gil-Albert se declara su discípulo, mostrando con él y con ese mundo idealizado de la cultura, su conexión, al llamarlo “hermano mío de otro tiempo”. Quiere, al igual que Píndaro, ser iniciado en los festivos cantos, y además, que el soplo terrenal, el humo de unos versos, lo hagan resucitar:

Dime tú, hermano mío de otro tiempo,
si cuando el ígneo sol de tus pupilas
baja a mirar la tierra entre este polvo
que centellea y busca al amparo
de ese mar la tierra cual racimo de los dioses
aquellos semejantes a la abeja...”
....”¿No ha subido hasta ti, a la intacta rosa
de tu pasión helada entre los himnos
de sus divinos pétalos, la aurora
de un soplo terrenal con el que acaso
pueda otra vez la sangre delicada
teñir la sacra vida de sus hojas?
Un glacial resplandor fluye en tu alma
como mágica leche por las venas
de un dios mármoleo y sólo cuando asciende
inusitado el humo de unos versos.

En el poema *“Los caballos”* (dedicado a Jaime Siles), alude al carácter sagrado que tenían estos animales para los griegos⁵, *“El heleno adoraba entre sus dioses / tu pecho blanco, el árabe con cintas / uncía tu destino a sus placeres...Para el poeta el caballo tiene un misterioso poder, libertad, “Los corceles / dueños son de un encanto misterioso / que nubla el alma..”* incluso en relación la pasión amorosa: *“Nacidos como Venus de las ondas / del mar, ¡oh victoriosas criaturas!./ engalanáis la vida cual la mujer, / regalo como ella para el hombre”*.

Rememora de nuevo el mundo clásico y mitológico en el poema *“El abandono de Ganímedes”*, figura que aparece en otros libros, en referencia a su homoerotismo. En esta ocasión el poeta se centra en la figura de Ganímedes, visto ahora en su vida pastoril, abandonado, tras haber sido raptado por Zeus:

Abandonado estás entre tus tristes
rebaños pardos y las dulces sombras / del Ida⁶
acogen tu mortal retorno
como la luz se duerme entre los brazos.
Aquella indescifrable primavera,
aquel vuelo gozoso, aquellas ansias
y aquel pico de águila pidiendo
tu verde vino, todo está pasado.

Más adelante nos habla del deseo de venganza de Ganímedes. Para ello utiliza Gil-Albert la figura de las Euménides,⁷ celosas de Zeus, las

⁵ Teócrito y Píndaro citan los sacrificios de caballos a los dioses en la antigüedad griega.

⁶ Alude quizá a la ninfa Ida, una de las dos ninfas cretenses hijas de Meliseo que criaron al niño Zeus. Hermana de Adrastea.

⁷ Las Euménides o Erinias son divinidades nacidas de la tierra regada por la sangre de Urano, se ocupan de vengar los crímenes, en especial los que atentan contra la familia, también son

realmente culpables.” ... *Por los bosques / de las claras encinas, masticando / sus amargas bellotas, vagan ellas, / las Euménides, van descabelladas, ...*” *Su poderoso amor velan celosas*” Es posible que en este poema se aluda a algún hecho amoroso de abandono sufrido por el poeta.

En el poema “El linaje de Edipo”, -al igual que en el poema “A las hierbas de España”-, el poeta evoca el pasado drama de la guerra y utiliza para ello los personajes de la tragedia griega, incluso habla de las amenazas del oráculo. *“Bajo la maldición de nuestro padre / los viejos fratricidas recorreremos / la indiferente tierra pregonando / el maldito linaje que nos dio el ser.”* ..”*El oráculo cumple su amenaza / terrible en esas venas familiares/ del canto*”.

La remembranza de su tierra alicantina queda patente en “A las hierbas de España” en el que dedica todo un poema: *“Allí estaréis, en medio de los campos, / en los campos, / en los fríos picachos, en las dulces / colinas azulosas, en las sierras..”* y del mismo modo en el poema “La caza”, donde bastan solo unos versos: *“...Por los olivos / pasan como bandadas esos tordos / de amargo canto y casi en las mejillas / palpita su aleteo como sombras / del más allá”*

En el poema “Las estaciones”, en la descripción que hace de las mismas, en su exilio, las relaciona con la climatología de su tierra natal y sus labores (vegetación: olivos, trigo, hiedras, violetas, animales: alondra, cigarra, ruiseñor, las mieses, las vendimias...etc) y le sirve de excusa para hablar de la fugacidad del tiempo, con el clásico tema del “Tempus fugit”, y la soledad del hombre: *“Venimos y nos vamos de este mundo / con ese mismo asombro por las cosas”* ...”*Pasan las horas, / mas el hombre está solo entre esos fuegos / que giran fatuos su inasible llama*”. El poema se convierte así en espacio para la reflexión, la filosofía.

En el poema “Los mitos”, en el que recrea de nuevo el mundo griego, aparecen Helena y Peleo. Se pregunta si debe el hombre, o no, desenterrar los mitos, “arrancar de la nada los secretos del caudaloso manantial antiguo...aquellos seres, aquellas enigmáticas hazañas.”

¿Queréis que entre el arrullo
tiemble el dormido corazón de Helena
como entre sus asiáticas murallas,
y el vulnerable hijo de Peleo
otra vez en su lecho halle al amigo
por el que rugió hermoso? ¡Ay, quién pudiera
con un soplo alentar tales prodigios
y devolver la vida con su canto
a quienes se mostraron por la tierra
con tal deseo espléndido!

El convaleciente es una poesía existencial y serena, dentro de la cual canta al amor, al arte, a la naturaleza. Para Francisco J. Díaz “El poema de

protectoras del orden del mundo y castigan todo tipo de exceso. viven en los infiernos y se las representa como mujeres aladas, para que no se encolericen se les llama “bondadosas o venerables” de negro con serpientes enroscadas en la cabeza, y látigos en las manos; salen por conjuro del ofendido, enloquecen al perseguido que ha de huir constantemente de ellas.

los mitos constituye, en este sentido, un poema clave para la lectura de los textos mitológicos posteriores. No hay verdades absolutas y se asume cada vez más una actitud epicúrea de aceptación de la realidad mortal del hombre.”⁸ Sobre el mismo tema, Brines cree que “Gil-Albert se sitúa ante los mitos con una intensa e insatisfecha nostalgia. Mas él sabe también que los mitos no están muertos, que de algún modo perviven para quien, aún inconsolable, sabe escuchar sus voces.”⁹

Más adelante en los poemas de *Los oráculos*, Gil-Albert, evoca la figura mitológica de Hyazinthos, el joven amante de Apolo cuya sangre derramada dio origen a la flor que lleva su nombre. Su muerte y posterior transformación, como ocurría con el mito de Perséfone, hace que sea también una deidad la que represente el mundo vegetal. El mito de Hyazinthos simboliza aquí una identificación de la primavera, como espacio de la sensualidad y plenitud vital, de la belleza juvenil, y en concreto, para el poeta, el joven griego es descrito bajo la mirada homoerótica. De esta forma, Gil-Albert superpone la realidad mítica sobre la personal, sirviéndose de la belleza plástica y poética de los mitos.

EL EXISTIR MEDITA SU CORRIENTE (1949)

Los poemas de *El existir medita su corriente* fueron escritos entre los años 1945 y 1947, a su salida de Buenos Aires, durante la travesía de regreso a México.” Es, en palabras de su autor, esta producción última mía de América un homenaje al Mediterráneo, expresión geográfica patente de mi vida emotiva y cultural y para mí, la Hélade no contiene exotismo alguno, es mi casa solariega, mis fundamentos.” Relaciona pues, los elementos culturales griegos con los de su entorno vital y familiar.

Este libro ha nacido, según Gil-Albert, del mismo brote que *Las ilusiones, como diría en el prólogo a la obra en 1977*¹⁰ “brote último y melancólico”, “sus ilusiones se desbordan en su existir meditativo”.

En el poema “*El mediterráneo*” hace un homenaje al mar, como padre de diferentes culturas, y a sí mismo se ve como parte de esa cultura: no se siente sólo español o levantino, sino mediterráneo, ampliándose así toda una cultura que nace de Grecia:

Padre de dioses, hijo de clementes
fuerzas y gracias, mar de los cimientos,
ligeros pies de arcilla que sostienen
la flor impetuosa de los mundos:
uno de tus entrañas te saluda,
con el eco de voz que le cediste:
sombrio desterrado de esa zona
donde hermosa luz abrió los ojos

Para él, la deidad mitológica sigue viva, los mitos siguen vivos, es su religión, su consuelo.

⁸ Francisco J. Díaz de Castro (1997: 91-92).

⁹ Francisco Brines (1977: 158).

¹⁰ Prólogo de *El existir medita su corriente*, (1977), Valencia, Lindes, p.14

En "*Las lechuzas*" Gil-Albert nos muestra otra vez el mundo mitológico en la figura de las lechuzas, consideradas como el símbolo de la diosa Pallas Atenea. Están dotadas de sabiduría y de poderes adivinatorios, de la magia y por eso las llama "brujas sublimes" o "de bocas sibilinas", a las cuales el poeta observa en actitud ociosa, en los árboles.

Bajo las ramas hoy es privilegio
ocultar la indolencia, estar tendido"
...Entonces ellas ,
Subidas a sus vástagos gentiles
bajo verdes techumbres , a los lejos
...como un coro...
Aquel aullido / de pájaro que sabe
trae más sabiduría a quien lo oye
que el osco discurrir de las ciudades
y las doctas palabras de los libros...

En "*Serenata a las pléiades*" nos recuerda de nuevo el bucolismo de Teócrito en sus *Idilios* y a Virgilio en sus *Bucólicas*:

Mis cabrillas que cada primavera
bajáis a pasturar sin que con cintas
de nuestro amor podamos reteneros
tales sois, cuan indómitas saltando
por esos cerros vivas, ligeras....
en vuestras vacaciones estivales.
Muchos os han llamado con silbido
Cautivador....
.....tiernos pastores
tendidos en sus valles penumbrosos

Además, nombra de forma explícita a los anteriores autores clásicos:

Theócrito sonando la zampoña
en la verde Sicilia, coronada
por el apio silvestre; fue Virgilio
tras su laurel, con toga de rumores...

Gil-Albert se sitúa en la tierra de estos poetas y en la continuidad de ese magisterio poético, en el que también sitúa a los poetas franceses como Ronstand o Proust.

En el poema "*A un monasterio griego*" se traslada a una tierra conocida en su poesía, pero ahora aúna el aspecto paisajístico al espiritual, ya que se trata de un monasterio. Todos los aspectos de Grecia son atrayentes para Gil-Albert: la geografía física, los paisajes, así como los lugares privilegiados, llenos de paz, donde traslada la idea de la Providencia divina y de Cristo a otras deidades como Adonis, y contempla este monasterio como un lugar que guarda "la indolencia divina", y en donde le gustaría vivir por ser lugar donde "mecerse en el ascético deleite":

Más que el amor que un día me cediste,
te pido, oh Providencia, que me lleves
a aquel rincón que guarda entre sus brazos

la indolencia divina. En el Himeto,
de incansables abejas coronado...
yace el ruinoso caserón....



El propio Gil-Albert, en el prólogo al libro dice de este poema que es “el que yo llamaría la más estricta panorámica de mí mismo, “A un monasterio griego”, mi retrato más feliz”.

El poeta aragonés Rosendo Tello ha realizado un minucioso estudio¹¹ de este poema, por el que el propio Gil-Albert sentía especial predilección, con el que se identificaba, y lo recitaba casi con los ojos cerrados, como si tuviera la inspiración de la primera vez, después de cincuenta años. En una de sus visitas a la casa de Gil-Albert, en Valencia, Tello, que pensaba que el poema había surgido tras algún viaje a Grecia de su autor, se sorprendió cuando éste le mostró una fotografía de un monasterio griego, que alguien la había regalado en América, y que el poeta había enmarcado y tenía colgada en un muro del salón, Ante él, tal como señala Tello, el poeta sentía el reflejo de sí mismo, “le bastaba contemplar aquella fotografía que ya amarilleaba, pero que reverdecía el sueño de helenidad tan manifiesto en toda su obra”.

En sus versos, aunque el poema fuera escrito en América y publicado en España, se antepone al amor allí vivido, el deseo de regresar a este lugar sacro, en realidad su idealizada tierra natal. Por ello, en este poema, Gil-Albert, despliega todo un mundo espiritualidad, trasladada a un monasterio griego y a su entorno natural.

Y sin entrar en un estudio estructural hay que señalar, tal como advierte Tello, la perfecta simetría que se traza en la estructura y disposición del poema. 40 versos, temáticamente tres partes (Apertura, Desarrollo y Cierre).

Y ya, en “*A mi madre como Deméter*” adapta el mito a su propia historia. Es una adaptación distinta de la que veíamos en el poema “*La hija de Deméter*” en *Son nombres ignorados*, pues entonces la diosa nos mostraba la esperanza en el resurgir de la primavera; Perséfone estaba viva; ahora es una madre que llora sobre la tumba de su hija. Deméter, es decir la madre del poeta, contempla a su hija muerta, y no se consuela a pesar de que aparezca ahora “*cercada de grandeza*”

¿Dónde estás, hija mía, en cuán profundas
corrientes que no puedo detenerlas
con mis trémulas manos?”...
....Mas en la tumba llora, gime adversa
la sombra maternal, fijos los ojos
en aquel silencioso relicario...”
.....allí se queja:
“Yo te querría menos existente,
más como eras, menos revelada”...

Gil-Albert, se encuentra muy lejos cuando muere su hermana y no puede consolar a su familia, a su madre. Con su poema el poeta parece cumplir

¹¹ R. Tello (1998): A un monasterio griego (homenaje a Juan Gil-Albert), Turia, revista cultural/ nº 43-44, marzo, pp. 15-25.

con esta función, a través de sus palabras, a la vez que aborda el tópico de la fugacidad de la vida:

Trinos madre nuestra,
trinos somos, mensajes de unas horas,
hay quien viene a cantar, quien a morir
en su primaveral flor”
....mas ¿No es el eco el triste, no es lo triste
el quedarnos aquí, no es alborada
lo que una blanca joven que nos deja
presiente traslucir, sutil contacto
con algo que nos es desconocido?

En el poema “*Entre los eucaliptos*” pone de relieve su postura de indolencia ante la vida, de ser auténtico, libre, al igual que en “*Himno al ocio*”, en su parte final, donde se canta al Carpe diem, a pesar de ser un hombre que pasa hambre:

Vagué y holgaba
de sola sol gozando la pobreza
la soledad y el astro de sí mismo
única luz posible que se nubla....

En los poemas de este libro, Gil-Albert deja traslucir un sentimiento de vitalismo gozoso, pero a la vez, teñido de un reconocimiento de esa realidad llena de claroscuros, de un pensamiento existencialista. La originalidad de estos poemas de exilio radica en que ha sabido dotar a sus vivencias de una raíz culturalista, de un clasicismo mediterráneo, donde el mito parece hacer una función religiosa de consolar la frustración del hombre.

VI. Discusión y conclusiones

Este poemario de exilio constituido por estos dos libros, *Las ilusiones con los poemas del convaleciente* (1944) y *El existir medita su corriente* (1947), además del poemario de *Las canciones provenzales* (1940), libros “centrales, no iniciales”, como el propio autor señaló, guardan una unidad de continuidad, por la temática intimista del poeta, trastocado por la melancolía, y cierto desgarramiento de fondo; colocan en la cima de la creatividad todo el sentimiento más puro del poeta. Son poemas que muestran el efecto del don de la palabra como refugio último, que logran sacarlo del pozo moral y lo hacen renacer, volviéndolo más fuerte para enfrentarse con la realidad tras el exilio. Su capacidad para transformar el recurso de la tradición clásica, el de su mitología, como vía expresiva sigue inalterada en el exilio, extendiendo sus significados o adaptándolos, hacia una temática de la nostalgia por la tierra natal o la pérdida de sus seres queridos; pero también para sus nuevas relaciones amorosas. La mitologización de lo sentido, de lo vivido o pensado, a partir de esa mirada particular del poeta como ser privilegiado que descubre los misterios de las cosas, ha creado un paraíso paganizado, en torno al

Mediterráneo, a través de la mitología greco-latina. Como el mismo poeta recordaba, estos libros son un homenaje al Mediterráneo, y en el fondo están describiendo su tierra alicantina o valenciana.

A través de nuestro estudio hemos podido observar cómo el culturalismo ha sido para el poeta el punto de fusión armónica del arte y la biografía, y cada vivencia ha sido un canto. El singular paralelismo entre la vida y la obra, es evidente. La existencia de Gil-Albert no puede ser expresada si no es a partir de la recreación artística de los acontecimientos, a partir de un proceso mitologizador, y en un espacio, el paisaje mediterráneo, en el cual alcanza el poeta su plenitud, al fundirse amorosamente con él, el único que le aporta la verdadera belleza a sus versos. Por ello, no puede desligarse, aún en el exilio, de su medio básico de expresión.

Juan Gil-Albert vuelve a España en agosto 1947, desde su exilio en México, en el que permaneció algo más de ocho años, y, como señala Manuel Aznar, fue uno de los primeros escritores exiliados en México, que por motivos personales, decidió regresar a España. Las razones hay que buscarla en ese deseo de ver a los suyos, además de una nostalgia de su tierra natal, su cultura mediterránea, y el fin de un amor, un joven mexicano, que describe en su libro *Tobeyo o del amor*. Pero, continua, hay que advertir que esta temprana vuelta de un escritor republicano a la España Franquista, a Valencia, no significó una claudicación ni renuncia a los ideales por los que había combatido durante la guerra civil. Era una decisión que le obligaba a una aislamiento como escritor, y a sumirse en una precariedad en todos los órdenes de la supervivencia.

Gil-Albert continuó siendo el mismo, pero ahora ha logrado tras su experiencia mexicana del exilio, encauzar su voz poética hacia una serena armonía para cantar sus vivencias. En sus libros de exilio no está presente la palabra al servicio de la ideología, la ha desligado de esa función para darle un valor por sí misma, el arte por el arte.

VII. Bibliografía

AZNAR SOLER, M. (2013): «El polémico regreso de Juan Gil-Albert a España en 1947», en *Auca*, Alicante, pp. 33-36.

BOUSOÑO, C. (1952): *Teoría de la expresión poética*, Madrid, Gredos.

BRINES, F. (1977): «La tierra natal en la poesía de Juan Gil-Albert», en *Calle del Aire I*, Sevilla, pp. 187-275.

CLEMENSON, C. (2005): «Juan Gil-Albert un clásico de nuestro tiempo», *El Mono-Gráfico, Revista literaria*, (2004): *En memoria de Gil-Albert*, Valencia, Generalitat Valenciana, pp. 48-5.

DE LA PEÑA, P.J. (2005): «Los estilos de Juan Gil-Albert», *El Mono-Gráfico, Revista literaria*, (2004): *En memoria de Gil-Albert*, Valencia, Generalitat Valenciana, pp. 56-64.



DÍAZ DE CASTRO, F.J. (1997): «Delicioso infierno: Juan Gil-Albert y su canto en vilo», pp. 79-96, *Poesía española contemporánea: catorce ensayos críticos*, Málaga, Servicio de Publicaciones Universidad de Málaga.

DIEZ DEL CORRAL, L. (1974): *La función del mito clásico en la literatura contemporánea*, Madrid, Gredos.

FALCÓN, C. y otros (1991), *Diccionario de la mitología clásica*, (2 tomos), Madrid, Alianza Editorial.

GIL-ALBERT, J. (2004): *Poesía Completa*, M. Paz Moreno (ed.), Valencia, Pretextos.

- (1981): *Obra poética completa* Vol. I. Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo.
- (1994): *Homenaje a Juan Gil-Albert*, Valencia Generalitat de Valencia.
- (1993): *Juan Gil-Albert. Antología poética*, (edición y prólogo de G. Carnero), Valencia, Consell Valencià de Cultura.
- (1996): *Juan Gil-Albert. Primera obra poética (1936-1938)*, (prólogo y bibliografía de Pedro J. de la Peña), Valencia, Consell Valencià de Cultura.

MORENO PÁEZ, M.P. (2000): *El culturalismo en la poesía de Juan Gil-Albert*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert.

ROVIRA, J.C. (1991): *Juan Gil-Albert, el escritor alicantino y la crítica*, Caja de Ahorros Provincial de Alicante, Alicante.

TELLO, R. (1994): «La poesía cíclica de J. Gil-Albert (1936-1947)», *Homenaje a Juan Gil-Albert*, Valencia, Generalitat Valenciana, pp.75-95.